

A buen resguardo

Alfredo Castellanos

Era en un galerón que no reconoció. De grandes ventanas y una gigante puerta de dos hojas. Los rayos matutinos asomaban su luz entre las raídas cortinas. Lo sorprendió, aún somnoliento, la gran hilera de camas individuales que se ondulaban por el uso. ¡Una cama para él solo! No como las de la casa, en las que se acomodaban hasta cuatro hermanos. ¿Y... sus hermanos? Enderezó el torso virando su cabeza de un lado hacia el otro. Vio a otros chiquillos que aún dormían enredados de pies a cabeza en gris. Se paró y en ese momento se dio cuenta de que también vestía una pijama a la que no estaba acostumbrado. Despacio, sus pequeñas manos la alisaron como queriendo plancharla al seguir las líneas estampadas.

Empezó a dar pequeñas pisadas por el pasillo central, sacudiendo los pies de cada niño llamando por los nombres de sus hermanos:

—¿Jorge? ¿Beto? ¿Héctor?

—¡Ya cállate, chillón!

Seguido de ese coro, se empezaron a espabilar el resto de los niños limpiándose las lagañas. Al final de la fila de camas, en las últimas tres, reconoció a sus hermanos.

—¿Y mi mamá? Tengo ganas de orinar —les dijo, haciendo cruz con sus piernas y dando algunos saltitos—.

—¿Ves aquel bote de cuatro hojas que esta allá en el fondo del pasillo? ¡Pues ahí mero! —señaló Beto, el hermano mayor. Con vergüenza y todo se acercó a aquel recipiente que de tan lleno de olor se le revolvió el estómago—.

Dijo:

—Fuchi.

Se abrió aquella gran puerta y un señor joven dio la orden:

—¡Órale, ya es hora, ya saben la rutina! ¿A quién le toca tirar los miados? ¡Ustedes, los nuevos, vístanse y vengan para enseñarles qué se hace aquí! —eran seis niños que se estrenaban en ese lugar. Aquel hombre caminaba a grandes zancadas que a los más pequeños hacían correr—.

—¡Pues como ya vieron, aquí es el dormitorio, por aquí es la cocina y acá el comedor. Se sirve el almuerzo a las ocho de la mañana, la comida a las dos de la tarde y la cena después de que ven-

gamos de rezar el rosario. Las reglas son muy estrictas: no se permite dejar nada de comida en el plato, cada frijolito es la carita de Dios, solo tienen cinco minutos para bañarse, no se debe de orinar afuera del bote, se deben cumplir a cabalidad los roles del aseo, lavar su ropa en aquella pila y ordenarla en esos anaqueles, en los juegos del patio no deben de golpearse y, lo más importante para el señor Cura, mucha concentración y fe en el rezo. ¡Hay de aquel que encontremos riéndose cuando estemos en la iglesia!

Su mano derecha sobaba su cabeza.

—Yo solo les digo que los coscorriones que da el Padre están bien sabrosos.

«¿Y... mi mamá, y mis otros hermanos?», pensaba y preguntaba a los suyos que parecía que a ellos no les afectaba la ausencia del resto de la familia. Rápido hicieron amigos al jugar y departir con ellos también golpes.

—¡Aguanta, no seas dejado, solo estaremos aquí una temporada; tómallo como unas vacaciones, lo que nos pasó, pos ya no tiene remedio!

A partir de ahí, sus sueños fueron pesadillas: lo persiguieron monstruos terribles, su madre lo llamaba, seguía su voz pero nunca le dio alcance, entró a un callejón desconocido lleno de ratas y cucarachas. No podía salir de él. En el juego pateó la pelota sin dirección. Masticó la comida que le supo siempre a cartón y cualquier cosa que fuera le atiborraba su pequeño estómago mientras ese hueco seguía ahí. El único consuelo era que algún día su madre llegaría por ellos.

En esas tardes de juego en el patio observó a otro niño igual de ausente que él. Allá en un rincón de ese lugar, como si se hubieran puesto de acuerdo, se miraron y se hicieron un ademán de invitación. Caminando despacio y esquivando balonzos que iban y venían se encontraron en una esquina y se presentaron.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Cómo te llamas? ¿Qué estás haciendo? ¿De qué barrio llegaste? ¿Eres huérfano?

A partir de ese momento ya no se sentía solo;

su nuevo amigo llenaba ese triste vacío que no sabía de bien a bien si radicaba en el estómago o en el corazón. Solía caminar en vela por esos enormes pasillos de aquel monumental edificio cuando todos dormían. Ya no lo recorrería solo, ahora su amigo Erasmo lo acompañaba.

—Pero, ¿por qué nos parecemos tanto? Tenemos seis años, nos gusta la sopa de fideo bien calientita, los dos tenemos un tío policía, queremos ser bomberos de grandes y hasta nos llamamos igual.

En los paseos nocturnos fueron exploradores de esa finca antigua. Bajaban a hurtadillas por unas escaleras que conducían hacia unos sótanos prohibidos y abandonados que seguro habían sido una especie de imprenta y talleres de oficios. Caminaban entre herramientas de zapatero, de herrero, y por un espacio lleno de muebles viejos: sillones, percheros, lámparas, maniqués, espejos cubiertos con mantas empolvadas. En esos momentos de libertad reían divertidos y sus rostros resplandecían como si tuvieran una lámpara interna. En las labores cotidianas siempre juntos en el acarreo y limpieza del bote de cuatro hojas. Lavaban aquellos vasos y platos de plástico en los que comían sus alimentos con sabor a jabón de polvo.

Se acercaba la Navidad y los rosarios se convirtieron en posaditas en las que el máximo placer era recibir el bolo lleno de cacahuates, colaciones, tejocotes y una esfera anaranjada. La instrucción de Beto fue tajante:

—¡Juntaremos todos los bolos en esta caja hasta llenarla, y cuando lleguen por nosotros nos lo llevaremos para repartirlos con todos nuestros hermanos!

La orden fue tan estricta que pronto llenaron ese recipiente sin probar un solo dulce. Al contarle a Erasmo sobre el asunto, le dijo: «por la noche te comparto algo». A la luz de la luna, Erasmo vio cómo al pelar la naranja se expidió un expansivo vapor oloroso ofreciendo sus gajos, al probarla, su saliva inundó su sed.

Llegó el 24 de diciembre. Después de la cena con todos los niños, los ayudantes y el señor cura se fueron a dormir un poco más tarde por rezar y cantar sabe cuántos villancicos. Erasmo sintió una especie de desasosiego al no salir a la hora acostumbrada del paseo con su amigo al que de reojo vio que sigilosamente abandonó aquel larguísimo comedor. Se hizo el dormido y en la primera oportunidad dio alcance al otro niño; cuanto y más porque al día siguiente vendría su madre por él y sus hermanos. Le agradeció su compañía. Enseguida pincharon uno de sus pequeños dedos para mezclar su sangre como pacto de amistad.

Escalón por escalón bajaron las cansadas escaleras del sótano para empezar otra aventura. Erasmo se veía y se sentía triste, sus pasos eran más pequeños que nunca, sus ojos guardaban agua con sal queriendo desparramarse. Erasmo intentó consolarlo diciendo:

—No te preocupes, ya pronto vendrán también por ti, pronto todo va a estar mejor y allá afuera nos veremos, te invitaré a comer a mi casa y jugaremos todo el día en los campos de la Calera y nos bañaremos en la acequia.

Pasaron por los diversos espacios y, aunque en penumbra, las dos pequeñas siluetas abrazadas se dibujaban. Al llegar al último lugar de muebles, maniquíes y espejos tapados con mantas, Erasmo se tropezó con una de ellas dejando al descubierto una gran luna de cuerpo completo. Erasmo le dio la mano para levantarlo y al voltearse de frente al espejo, el niño se vio solo.

En el resguardo para estudiantes de la Benemérita Universidad, Erasmo se despabiló jadeante, sudando frío sobre un catre en ese cuarto viejo de muros anchos llenos de humedades abstractas. Volteó a ver su mano dolorida. Se chupó el dedo coronado por una pequeña gota de sangre. Sintió una extraña percepción erigida desde la noche de su pasado que ahora era su presente. Esa sensación amarga en su boca, que engrosaba su saliva, el sabor entre frijoles acedos y huevo cocido y a vajilla de plástico impregnada de aquel olor inconfundible a jabón de polvo.

Se enderezó y respiró hondo como si el aire se acabara. Aturdido, solo escuchó al unísono:

—¡Ya cállate, chillón!

Enseguida se dirigió descalzo al baño de ese refugio, se le revolvió el estómago por los olores rebosantes del viejo retrete lleno de desechos. Apenas mirarse en el espejo opaco vio a su añejo amigo Erasmo; sin sorprenderse, le hizo un guiño dándole a entender que se callara.

Con las manos temblorosas abarcaba y sacudía su cabeza. En ese momento, nació un grito desde sus entrañas, la sangre se le agolpaba en las sienes a casi reventar y, sintió que los ojos se le saldrían de sus órbitas obnubilando su mirada.